

Necrológicas

‘Abdel-Wahhāb al-Bayātī (Bagdad, enero 1926 / Damasco, agosto 1999) Recordatorio en el séptimo aniversario de su muerte

El cuatro de agosto de 1999, a primeras horas de la mañana, me llamó desde El Cairo un amigo común para darme la noticia brutal e inesperada: ‘Abdel-Wahhāb al-Bayātī (Abū ‘Alī, me dijo) había muerto el día anterior en su nuevo hogar de Damasco. Eso decía un titular de la primera página del diario *Al-Ahrām*, que ampliaba información en páginas interiores. Traté de hablar por teléfono con su hija Asmā’ y, al no conseguirlo por estar las líneas ocupadas, le escribí una carta urgente dirigida a ella y a su madre, Hind. En realidad, todo ello no era sino un intento desesperado de anular la distancia entre Madrid y Damasco, actos impulsivos para salir del aturdimiento, del dolor, para no acabar de creer que la noticia fuera cierta.

Me negaba a aceptar la realidad un tanto absurdamente y a modo de defensa, porque precisamente en aquel verano de 1999 Abū ‘Alī era para mí algo muy vivo y presente: unos veinte días antes, a principios del mes de julio, habíamos hablado un par de veces por teléfono. En esas conversaciones, entre otras cosas, él me anunciaba el envío de los últimos escritos y poemas que había publicado y yo le confirmaba que por esas fechas le había remitido por correo urgente dos libros que me había pedido. Eran unas traducciones mías al español, editadas en Madrid a principios de los 80, de dos textos suyos (*La muerte en la vida / al-Mawt fī l-ḥayāt* y *Poemas de amor ante los siete pórticos del mundo / Qaṣā’id ḥubb ‘alā bawwābāt al-‘ālam al-sab’*) que el poeta necesitaba para completar una Exposición Bibliográfica de todas sus obras, originales y traducidas a otras lenguas, que estaba organizando el Ministerio de Cultura sirio o quizá la Universidad de Damasco. Desconozco si esa exposición llegó a realizarse en su momento o si ya jamás tendrá lugar. Pero, además, cuando recibí la llamada de El Cairo que me anunciaba su muerte, yo estaba sentado a la mesa de trabajo corrigiendo las pruebas de imprenta definitivas de la traducción española de otros dos grandes libros suyos: *Luna de Shiraz (Qamar Šīrāz, 1975)* y *El reino de la espiga (Mamlakat al-sunbula, 1979)*. Aún tenía el eco de la voz del amigo en los oídos, ante mis ojos estaban los versos que el poeta regalaba al mundo, nos regalaba a todos, esos versos hechos de amor y de furia, de soledad y dolor, de alegría, de esperanza, de fraternidad.

Por eso, en contra de mi postura habitualmente racional y un tanto fría ante la muerte, no podía creer que Abū ‘Alī hubiera muerto. Ya sé, ya sé que el poeta ‘Abdel-Wahhāb al-

Bayātī no puede morir, que vivirá por siempre en sus poemas. Pero yo hablo del hombre, del amigo y su muerte real e inexorable. En aquellos momentos no me servía de consuelo pensar que la traducción cuyas pruebas corregía pudiera ser una especie de homenaje póstumo, ni decirme a mí mismo que los hombres también perviven en la memoria –en la breve y fugaz memoria- de los amigos sobrevivientes. En aquellos momentos, ya tan lejanos, sólo era capaz de rememorar una imagen fragmentaria, su manera un tanto rígida, hierática casi, de estar sentado en un bar o un café, falsa rigidez desmentida por su hablar pausado y cordial, su sonrisa irónica o abierta, la viveza de sus ojos velada por el humo de un cigarrillo permanentemente encendido.

En mi recuerdo esa imagen se destaca siempre sobre un fondo de paisaje urbano, de las ciudades donde estuvimos juntos compartiendo horas, días, años. Ciudades de su tierra, Iraq, o ciudades de los largos exilios –voluntarios a veces, forzosos casi siempre- que marcaron su vida. El Cairo, lugar de nuestro primer encuentro y donde lo vi por última vez: en la cafetería “Lappas” el año 1970, aún en vida de Gamāl ‘Abdel-Nāṣer; en el hotel Sheraton en 1996, cuando vino de Ammán para dar una conferencia en la Feria Internacional del Libro. Las ciudades españolas: Madrid, Toledo, Córdoba y Granada, por donde lo acompañé en enero de 1973, en su primer viaje a nuestro país, cuando nuestra relación de poeta y traductor se convirtió en una estrecha amistad. Los encuentros durante la década de los 70 en Basora y en Bagdad, su ciudad natal, en la que me descubrió unos pocos lugares inolvidables que, seguramente, hoy ya no existirán o no podría reconocer. Y, sobre todo, Madrid, esa “capital de la libertad” durante la Guerra Civil española que tantas veces cantó en sus poemas. Aquí residió diez largos años –la década entera de los 80- y en su casa o en la mía, por calles, bares, tugurios y cafés, estuvimos hablando de literatura, de cine, de política. Estuvimos viviendo, conviviendo y hablando de la vida. Después, tan sólo encuentros y citas fugaces: julio de 1990 en Sanaá, capital de un Yemen unificado en aquel instante, para asistir a un “Encuentro Poético Hispano-Árabe”; un par de veces en Ammán, en 1994 y 1995, donde lo encontré desanimado, ahogado, sin horizontes. Parecía sin embargo, por nuestras conversaciones telefónicas, que en Damasco había recuperado su tono vital. Entre 1998 y 1999 había dado a la luz tres nuevas colecciones de poemas y dos libros de ensayos. Y de pronto se muere, se me muere, se nos muere.

La década de los años 90, como una clepsidra rota que perdiera granos de arena por todas sus fisuras, decidió emprender una siega, una cosecha negra de poetas árabes. Parece como si algunos de ellos, tan representativos del siglo XX, hubieran desdeñado cruzar el umbral del nuevo siglo y pensado que un arco de edad comprendido entre los 70 y los 75 años era un buen momento para morir. Primero fue Ýabrā Ibrāhīm Ýabrā (Belén, 1920), palestino de origen e iraquí de adopción, que se despide en Bagdad a mediados de diciembre de 1994. En Londres mueren Bland al-Ḥaydarī (nacido en 1926 en una aldea del Kurdistán iraquí, cerca de Arbil), en el verano de 1996, y Nizār Qabbānī (Damasco, 1923) en la primavera de 1998. Y, entretanto, un anciano poeta tradicional casi centenario, pionero de la poesía social iraquí y maestro de las nuevas generaciones, Muḥammad Maḥdī al-Ýawāḥirī (Neʿef, 1900), fallece en Damasco a finales de julio de 1997 como si quisiera acompañarlos en ese viaje sin retorno, con su bonete kurdo eternamente ladeado sobre la cabeza.

En esa misma década, sin embargo, al-Bayātī rompe la parsimonia con la que había publicado en el período precedente (un solo diván entre 1980 y 1994: *El jardín de Aixa* /

Bustān ‘Ā’iṣa, 1989) y vuelve por sus fueros de siempre, sacando a la calle uno o varios libros por año. Nada menos que cinco poemarios: *Libro de las Elegías / Kitāb al-Marāṭī*, 1995; *Leviatán / al-Tinnīn*, 1996; *El mar está lejos, mas le oigo respirar / al-Baḥr ba’īd asma’uhu yatanahhad*, 1998; *Llanto por Háfēz de Shiraz / Bukā’iyya ilā Hāfiẓ al-Širāzī*, 1999; *Textos orientales / Nuṣūṣ šarqiyya*, 1999. Y en este último año, otros dos interesantes volúmenes, mezcla de ensayo, memorias y autocrítica literaria: *Yanābī’ al-šams. Al-sīrat al-ši’riyya (Los veneros del sol. Autobiografía poética)* y *Taḥawwulāt ‘Ā’iṣa (Las metamorfosis de Aixa)*. Quizá el poeta presintiera que, como sus compañeros de generación, tenía las horas contadas y se dispusiera a dejar una especie de testamento literario. En cualquier caso, ahora ya podemos –a nuestro pesar y no sabemos si también al suyo- hacer el recuento de una obra definitivamente cerrada: 24 libros de poemas, 1 pieza teatral y 4 volúmenes de ensayo y crítica, publicados entre 1950 y 1999, a lo largo de toda la segunda mitad del siglo pasado.

Al lector ocasional de estas líneas que, ajeno al campo del arabismo, se interese con mayor o menor dedicación y asiduidad por la literatura árabe moderna, quisiera hacerle partícipe de una de las escasas certezas que poseo: ‘Abdel-Wahhāb al-Bayātī es una de las máximas figuras de la poesía árabe contemporánea, el representante más señero y destacado –tras la muerte de su compatriota Badr Šāker al-Sayyāb en 1964- del llamado “movimiento del verso libre” (*ḥarakat al-ši’r al-ḥurr*), grupo generacional iraquí surgido al término de la Segunda Guerra Mundial en torno a la Escuela Superior de Magisterio de Bagdad, uno de los centros de enseñanza más críticos y activos de la época. Por otra parte, el apretado resumen de su biografía puede servir como espejo, en sus circunstancias personales, de la agitada y crítica situación política, social e ideológica en que se ve inmerso durante ese dilatado período el Mundo Árabe en general y su país, Iraq, en particular. Nacido en Bagdad en 1926 y Licenciado en Lengua y Literatura Árabes, desde 1950 trabajó como profesor de Enseñanza Media en un Instituto cercano a la capital y, más tarde, en Damasco y en Beirut, donde tuvo que exiliarse a partir de 1954 debido a su militancia izquierdista. Regresó a Bagdad inmediatamente después del triunfo de la revolución republicana, nacionalista y socializante del general Qāsem en julio de 1958. En los cinco años siguientes, desempeñó diversos cargos en el Ministerio de Cultura de Iraq y en la Embajada iraquí en Moscú, de cuya Universidad llegó a ser profesor visitante.

Desterrado otra vez en 1963, tras un golpe de Estado del Partido Ba‘ṭ, residió en El Cairo hasta principios de los años setenta. Nombrado en 1972 asesor del Ministerio de Cultura por el nuevo régimen iraquí –en realidad, el mismo que le había enviado al exilio nueve años antes-, en el invierno de 1979 se trasladó a nuestro país, en una especie de autoexilio dorado y remunerado, como Director (honorífico) del Centro Cultural Iraquí en Madrid y Consejero Cultural de la Embajada de Iraq en España. Abandonó sus cargos oficiales en 1988 y regresó a Bagdad dos años después, en marzo de 1990. Cuando el ejército de Estados Unidos y sus entusiastas aliados y mamporreros occidentales y orientales desencadenaron a principios de 1991 el criminal y devastador bombardeo sobre Iraq –en el primer intento de destrucción del Estado y la sociedad iraquíes, rematado ahora en estos primeros años del siglo XXI-, el poeta se hallaba en California, en las afueras de Los Ángeles, donde había ido a enterrar a su hija Nadia, joven mujer de 32 años muerta repentinamente dos meses antes. Condenando la agresión yanqui, pero enfrentado también al poder representado por Šaddām Ḥusein, estableció su residencia en Ammán y al cabo de

siete años, en el invierno de 1998, se fue a vivir a Damasco. Mientras, hacia 1995, el gobierno de Bagdad le había despojado por segunda vez en su vida –la primera fue en 1963- de la nacionalidad iraquí, en uno de esos gestos perfectamente inútiles que tanto prodiga la estúpida soberbia de los dictadores.

Del mismo modo, su poesía es también un espejo –quebrado y deformante a veces- de la nueva poesía árabe, la que rompe sus amarras con una tradición anquilosada y retórica, vacía y repetitiva, para ir en busca de las raíces más hondas de la poesía árabe clásica e injertarlas en el tronco de la poesía europea y universal del siglo XX. Y construir así, con todas sus contradicciones, una poética de su tiempo, de nuestro tiempo, como él mismo dice en el poema “Ta’ammulāt fī l-waḥd al-ājar li-l-ḥubb” (Meditaciones sobre el otro rostro del amor) incluido en el libro *El reino de la espiga*, título de expresas e intencionadas resonancias lorquianas que hemos mencionado en las primeras líneas de este recordatorio:

No escribo poemas desde mi memoria o a través de la memoria de la herencia malograda, sino que me desangro tras las barricadas en la guerra de guerrillas de la poesía contra las costumbres rellenas de paja, contra la muerte gratuita. Habitado por fuerzas revolucionarias, por la energía del universo mudable, construyo una memoria para la existencia del hombre presente y ausente. Mi alma es barco que zarpa hacia dentro y hacia fuera, buscando la esencia de este amor permanente y variable en el fondo histórico de la creación, en la galería de espejos del siglo veinte.

Por ello insisto y digo una vez más que el poeta ‘Abdel-Wahhāb al-Bayātī no ha muerto, no puede morir, que el poeta vivirá por siempre en sus poemas. Unos poemas que son como un mapa de navegación por toda la poesía árabe contemporánea, unos poemas en los que resuena la voz de un poeta civil comprometido con la historia, con todos los proyectos socialistas revolucionarios –fallidos o no- del siglo XX, una voz que es, también y sobre todo, la de uno de los mayores poetas del amor de la poesía árabe. Un poeta que escruta el fondo oscuro o luminoso de la cultura humana –la suya, la de los otros- para decirnos que la fraterna ciudad universal es posible, aunque tengamos que luchar, desangrarnos, morir en el camino. Un poeta que inaugura y quema etapas en las formas expresivas de su poesía, que convierte a la prosa y al verso en instrumentos ambiguos y mestizos, en territorios sin límites ni fronteras. ‘Abdel-Wahhāb al-Bayātī vive, está vivo.

Federico ARBÓS AYUSO